

Santos Pérez, José Manuel: *El Brasil de Felipe III. Corruptelas, “castellanización” y conquista en tiempos de reforma (1598-1621)*. Madrid: Sílex, 2025. 540 pp.

Rafael Valladares

Instituto de Historia, CSIC

E-mail: rafael.valladares@csic.es

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8832-5739><https://dx.doi.org/10.5209/rcha.105735>

Dos grandes líneas historiográficas convergen en esta obra ejemplar. La primera es la relativa al reinado de Felipe III, una de las grandes protagonistas de la renovación de los estudios sobre la Monarquía de España en las últimas tres décadas. La segunda es la dedicada al Portugal hispánico (1580-1640), en general, y al ultramar luso, en particular, una línea también innovadora que ha discurrido en paralelo a la anterior. En este proceso faltaba por cubrir el capítulo brasileño, hasta hace poco percibido erróneamente como un área ajena, o casi, a la América de los Austria. Ciertamente, es sabido que la incorporación de la corona portuguesa a la Monarquía de Felipe II se acordó en términos de mantener separados el gobierno y la administración de Portugal y su imperio respecto de Castilla, pero también, como ha demostrado la historiografía de los últimos años, que tal acuerdo comenzó a alterarse al día siguiente de su aceptación y, además, por todas las partes implicadas, si bien en grados diversos y a ritmos diferentes. Tanto por la voluntad política de los Felipes como por las dinámicas de aproximación y, en su caso, de integración que desencadenó la unión dinástica de 1580, el Portugal de los Austria resultó todo menos un ámbito aislado respecto del resto de la Monarquía. Quedaba, no obstante, ver cómo había cursado este fenómeno en el entonces llamado *Estado do Brasil*, la cadena de capitánías reales y de donatario que Portugal había ido creando en el litoral suramericano desde inicios del siglo XVI. El libro de Santos constituye la mejor contribución realizada hasta hoy para llenar este enorme vacío y nace, a causa de su solidez documental, metodológica e intelectual, con vocación de devenir en el texto clásico y de referencia sobre la materia.

Difícilmente podría ser de otra manera. La trayectoria científica y académica del autor le ha dotado de cimientos historiográficos e institucionales inmejorables que ha sabido rentabilizar al máximo. Formado con una tesis doctoral sobre la ciudad de Guatemala en el siglo XVIII —concedor, por tanto, de la América española— pasó luego a interesarse por el Brasil de la Unión de Coronas con la misma naturalidad epistemológica con la que otros colegas de generación investigaban el Portugal de los Felipes e incluso hacían ya alguna incursión sobre el Brasil. Las fronteras espaciales se estaban por entonces difuminando deprisa, al igual que las metodológicas: en vez de enfocar aquel periodo con la lente del nacionalismo, cada vez más borrosa, se optaba por la menos anacrónica del estado dinástico, patrimonial y confesional, donde la idea de *natio*, aun representando un factor a tener en cuenta, quedaba sin embargo subsumida en la del servicio al monarca a cambio de la merced. Lo que este planteamiento ha supuesto al ser aplicado al Brasil filipino resulta asombroso, de lo que da testimonio este libro. Por otro lado, el autor es el máximo responsable de que su *alma mater*, la Universidad de Salamanca, creara en 2002 el Centro de Estudios Brasileños (CEB), del que ha sido no solo fundador sino también dos veces su director.

De la proyección científica del CEB son prueba las brillantes tesis doctorales que de él han salido —pese a la modestia de sus recursos—, tesis impulsoras de renovación científica y que han alentado contactos estables entre las universidades brasileñas y españolas al más alto nivel. Algo así hace solo veinte años era, sencillamente, impensable.

Santos presenta su obra con harta modestia al afirmar que es fruto de diez años de trabajo. En realidad, como cualquiera que haya seguido su itinerario puede deducir, este libro es consecuencia de toda una vida dedicada al ámbito Iberoamericano de la Edad Moderna con un marcado acento brasileño. Es, pues, un regalo para el lector modernista y también para el especialista asomarse a sus páginas, un texto admirable que normaliza y explica la presencia del Brasil en el epicentro cronológico y político de la Unión de Coronas.

La elección de Felipe III como marco del estudio permite afrontar con éxito y coherencia los tres problemas principales que asoman en el título de la obra: la corrupción, la castellanización y la expansión (“conquista”) del Brasil en aquellos años, todo bajo el paraguas conceptual del reformismo regio como hilo conductor. La selección de estos temas viene dada, naturalmente, por la documentación disponible, reflejo fiel, en general, de la agenda transformadora a la que fue sometido el Brasil entonces, cuando la América lusa pasó de ser un espacio secundario, en comparación con el rico *Estado da Índia*, a un emporio azucarero demandante de africanos esclavizados y políticamente cada vez más central para la corona, que acabó por reordenarlo territorial, administrativa y políticamente.

Santos enfoca esta metamorfosis desde la óptica de la monarquía patrimonial y no, como ya se dijo, desde la historia estatal o “nacional”, pero tampoco desde la historia colonial al uso; es decir, no explica esta transformación como resultado de implementar en Brasil una política de explotación premeditada en beneficio de una supuesta metrópolis —que, además, en caso de haber existido, habría que dilucidar si esta fue Lisboa o Madrid, o ambas. Más bien, el planteamiento del autor concibe los cambios acaecidos como la suma de iniciativas locales, regionales y de la corona, según cada caso, con singular protagonismo de las poderosas familias instaladas en las capitanías, demarcaciones políticas mucho más autónomas frente al rey que los virreinos españoles. Cuando se constata la coincidencia de intereses de todos o algunos de estos agentes se produce el ensanche del territorio, de la economía y del gobierno (local y regio). Santos aleja la visión utilitarista del Brasil heredada del paradigma colonialista para concluir que los principios rectores con los que la Monarquía de España condujo su acción en la América lusa fueron los utilizados en cualquier otro de sus dominios, adaptados, eso sí, a la especificidad del territorio. Patrimonialismo, defensa e integridad del *Estado*, catolicismo, autoridad suprema del soberano y aumento de los ingresos reales guiaron a los Felipes a la hora de encarar el ascenso del Brasil en el conjunto de su herencia portuguesa. El capítulo inicial del libro despeja cualquier duda sobre la imagen que la corte de los Austria fue construyendo sobre un dominio que, pese a su naturaleza atlántica y vecino de la América española, llevó tiempo asumir y reconocer. El Brasil empezó siendo un área imprecisa y vulnerable cuya identidad era vista en dependencia del coloso peruano (“la parte oriental del Perú”), pero que terminó por adquirir naturaleza propia. Esto no significa que el Brasil se hallara en igualdad de condiciones respecto, por ejemplo, del Portugal europeo, dado que siempre hubo elementos de subordinación innegables en el esquema global de gobernanza. Así, Brasil no tenía universidades, ni imprenta, ni audiencias, ni Inquisición, ni minas. Tampoco virrey, sino un gobernador general de competencias limitadas frente a los capitanes donatarios semif feudales. Pero sí quiere decir que, usando el modelo centro/periferia o el de metrópolis/colonia, no se entendería cabalmente el poder que las familias donatarias exhibieron ante la corona para negociar —y conseguir— prebendas y concesiones, obtener territorios y hasta vencer la batalla final por el acceso a la mano de obra indígena, pese a la renuencia de la corona. Es justamente en este espacio de encuentro y desencuentro pautado por ritmos de negociación irregulares, pero constantes, entre una corona preeminente —aunque de poder limitado— y unas élites celosas de su autonomía —y a la vez necesitadas de una autoridad sancionadora superior a ellas—, donde transcurren las tres líneas argumentales del libro —corrupción, castellanización y conquista— a las que Santos aplica su bisturí.

La corrupción, o “corruptelas” (término que el autor extrae de la documentación consultada) tuvo que ver sobre todo con el fraude fiscal, el contrabando y, muy intensamente, con la venta de oficios, inscrita en un mercado de oferta y demanda clandestino (dado que la venalidad de cargos no era legal en Portugal) pero ampliamente tolerado. De hecho, estas transacciones se camuflaban como transmisiones voluntarias entre las partes afectadas. Santos ha localizado un documento de 1606 —de cuyo valor extraordinario es plenamente consciente— al que dedica uno de los análisis más lúcidos del libro. Se trata de una lista de oficios donde figura el precio que los interesados pagaban por cada uno de ellos y, al lado, los réditos que los nuevos propietarios esperaban obtener de su ejercicio. Para 1618 había ya en Brasil 258 oficios sometidos a este mercado, motivo por el cual la corona intentó legalizarlo mediante un pago a la hacienda real por conservar el derecho a “transmitirlo” a un tercero —léase, por adquirir el derecho a venderlo. El propio Santos aclara que su análisis sobre la corrupción no sigue el de la escuela funcionalista, que ha tratado de normalizar el fraude y el soborno como una práctica asumida socialmente como positiva, sino de naturaleza ética, esto es, reveladora de delitos percibidos entonces como tales y causantes de daño comunitario. ¿Era esto “castellanizar” el Brasil y, por ende, Portugal? Dado que en Castilla y en sus Indias la venta de oficios acabó siendo legal, este debate cobra sentido más allá de la carga nacionalista que se le ha querido atribuir. Santos advierte en este punto de que el supuesto autoritarismo de los Felipes, sustentado en la cultura política de Castilla, debe matizarse con la disposición de la corona a pactar y flexibilizar sus puntos de vista con los portugueses del Brasil. En este sentido, y como sostiene la actual historiografía, “castellanizar” consistió en un instrumento de gobierno dirigido a imponer de forma efectiva la autoridad regia sobre los demás poderes más que en un horizonte de dominio orquestado para extinguir tradiciones regnícolas diferentes a la castellana, en este caso la portuguesa. De lo contrario no se entendería que durante los sesenta años de unión dinástica nunca faltaron portugueses en el propio Portugal, pero también en Brasil, en la India y por supuesto en Madrid, que solicitaran a los Felipes la aplicación de leyes o instituciones castellanas (o de inspiración castellana) en sus territorios de origen. La paradoja estribó en que varios proyectos para integrar las Américas lusa y castellana, como permitir el comercio entre Brasil y el Perú vía Buenos Aires (solicitado por el Consejo de Portugal en 1612) o exportar la plata del Potosí por el Amazonas (1615), fueron rechazados por la corona —esto es, por el Consejo de Indias en Madrid. ¿Quién frenó, pues, la integración?

En esta misma línea de conjugar la autoridad monárquica con el interés de los *moradores* o colonos, la expansión territorial que experimentó el Brasil bajo Felipe III se ofrece como un ejemplo casi perfecto de cuadratura del círculo. Aunque esta expansión, concentrada especialmente en el norte, nació de la necesidad de defender este territorio de los ataques franceses y holandeses, al final adquirió los rasgos propios de una dinámica endógena en la que incluso se atisba la iniciativa de la población autóctona, no solo de los portugueses. Es un guiño de Santos a la “nueva historia indígena”. Lo que, a su vez, habla de la vitalidad de las élites y de su acomodación a un “régimen” filipino que, por su parte, acertó a responder a muchos de los designios locales y a canalizarlos en pro de un beneficio más o menos compartido. Hasta qué punto fue así, no es fácil saberlo, aunque Santos da una pista impagable: si en 1605 el gasto militar de la corona en Brasil alcanzó los 23.500.000 reales, en 1617 llegó a 32.600.000, un crecimiento del 43% en solo doce años. Al final, se trató de un proceso expansivo de apenas dos décadas pero que rediseñó el Brasil y cuya mejor muestra fue la escisión de su territorio septentrional en 1618 para constituir el nuevo *Estado de Maranhão*. Hubo más cambios, como la “militarización” del gobierno real, esto es, la asunción por parte del gobernador general de mayores competencias defensivas, proceso que habría tenido poco de llamativo de no ser porque aconteció en y desde la capitania donataria de Pernambuco y su principal enclave, Olinda, adonde el gobernador trasladó su actuación no solo por ser la capitania más cercana a las operaciones en el norte brasileño, sino también la más rica en virtud del azúcar. Por si algo faltara, los vínculos familiares y clientelares tejidos por las autoridades brasileñas (o mejor, pernambucanas) con sus parientes de Portugal —y sus ramificaciones en Madrid, con el famoso Cristavão de Moura como factótum— revelan una trama política que, a la postre, descansaba en gran medida sobre alianzas personales más que en las institucionales.

Los capítulos precedentes a este habrán preparado sobradamente al lector para desentrañar el significado de este conglomerado reticular que alumbró con éxito la empresa mixta de la “conquista” del norte, defensiva (primero) y ofensiva (después), en la que todos ganaron. Azúcar, conexiones planetarias de mercaderes (muchos de origen judío), africanos esclavizados y un aparato regio mínimo en el territorio (el fracaso de la audiencia abierta en Bahía en 1606 y cerrada años después lo dice todo), erigió un Brasil distintivo y, a la vez, tan “austriaco” como Nueva España y el Perú, como evidencia con fuerza el empeño en reconfigurar el territorio y su administración tanto al norte —el ya citado *Estado do Maranhão*— como en las capitanías meridionales —creación en 1607 de la *Repertição do Sul*, con Río de Janeiro y São Paulo a la cabeza. A este respecto, y dada su importancia, se echan en falta la elaboración de mapas actuales y la inclusión de un índice de lugares para visualizar mejor estos cambios y localizar la geografía que se cita. La corona, en fin, avanzó, de eso no hay duda, pero el lector no hallará en el Brasil de Felipe III ese “estado español en las Indias”, como se acostumbra —o acostumbraba— a identificar en la América española, sino algo aproximado. Al final, la conjunción no exenta de conflictos entre la corona y la opulenta familia Alburquerque, dueña de Pernambuco, escribió el capítulo más original y fructífero de la simbiosis entre Felipe III y sus *moradores* brasileños, hasta convertirse en la metáfora, si no en la parábola, de lo que fue el Brasil de Felipe III deconstruido ejemplarmente por Santos.

La cuestión medular sobre si hubo una política específica de la corona hacia el Brasil reaparece inevitablemente al final del libro. Para Santos no existió lo que podríamos llamar un “proyecto Brasil” en el sentido de una planificación con objetivos e instrumentos a implementar durante un tiempo determinado. Lo que el autor defiende es que “hubo una política española para Brasil”, basada, por lo demás, en los mismos principios generales que regían la política real para otros territorios. Y lo mismo habría sucedido con la cuestión reformista: “Reformas sí, plan reformista, no”. Con todo, la recurrencia con que los problemas, los debates y las soluciones se fueron sucediendo quizás obligue a abrir de nuevo el debate. Lo que en todo caso Santos demuestra de modo incontestable es que, bajo Felipe III, Brasil pasó de ser apenas un vasto solar litoral a espaldas, si no a cuestras, del Perú (estampa que los propios brasileños fomentaron desde 1580 para llamar la atención de la nueva dinastía), hacia 1620 se había convertido en la joya más valiosa del ultramar luso y, en ciertos aspectos, como el del tráfico azucarero, tal vez en la segunda más lucrativa de todo el ultramar de la Monarquía de España. De ahí los reiterados ataques holandeses, superados con éxito por Felipe III, pero no ya por su hijo. Felipe IV también heredó el resentimiento que su padre encendió en los jesuitas, a los que privó de su aspiración a ser los dueños exclusivos de los indígenas frente a los colonos. Brasil no descubrió minas, por más apoyo que Felipe III brindó a las múltiples propuestas de exploración que se le presentaron, pero su metal precioso fue el azúcar, cuyo diezmo acabó generando por entonces el 90% de la riqueza aduanera brasileña —y ello a pesar del fraude, muy elevado. No es un dato aislado, sino entresacado del apabullante acopio de números, porcentajes y tablas rigurosamente documentadas que el autor ha elaborado para comprometer al lector con sus tesis. Políticamente, la corona también logró que allí donde antes de 1580 solo había una autoridad más parecida a la de un señor preeminente, ahora se asemejara más a la de un monarca obedecido. No obstante, en todo este proceso cupo más la transacción que la imposición. Al borrar fronteras inoperantes entre modernistas y americanistas, la obra de Santos constituye ese eslabón perdido que tanto echábamos de menos en la historiografía sobre el Brasil hispano, sobre el Portugal filipino y, más todavía, sobre el reinado de Felipe III. No es pequeño mérito haber construido un libro sin cuya lectura nadie desde ahora comprenderá en su plenitud lo que significó el tiempo del Tercer Felipe, no solo para la Unión de Coronas, sino para toda la Monarquía de España. Son logros que solo se encuentran en obras de madurez como *El Brasil de Felipe III*.